EUSEBIO BLASCO

# Pobre porfiado...

PROVERBIO

EN UN ACTO Y EN VERSO

SEPTIMA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
**Núñez de Balboa, 12**

1906

# POBRE PORFIADO...

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

# POBRE PORFIADO...

PROVERBIO

en un acto y en verso

POR

EUSEBIO BLASCO

---

Representado por primera vez en el TEATRO DE LA COMEDIA,
en Abril de 1878

---

SEPTIMA EDICIÓN

---

MADRID

G. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 SUP.°
Teléfono número 551

—

1906

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| DOLORES, 30 años..... | Doña Dolores Fernández. |
| EMILIO, 25 íd..... | Don Emilio Mario. |
| SEBASTIÁN, 50 íd..... | José Rubio. |

La escena en una casa de campo cerca de Madrid

A LA EXCMA. SEÑORA

# Duquesa de la Torre

*Labra el calor del campo en las entrañas*
*semilla humilde oculta en el sequío;*
*pingüe caudal el resonante río*
*reparte al paso en cortes y cabañas.*
*Engendra amor las bélicas hazañas;*
*rompe la fe las nieblas del hastío,*
*cual sol brillante en el fecundo estío*
*nieve perenne quiebra en las montañas.*
*Noble amistad, consoladora idea,*
*germen de afectos dulces y mejores*
*que los que amor en sus violencias crea,*
*preste tu luz á mis humildes flores*
*alma y calor, con que mi musa sea*
*rica, cual tú, de encantos y primores.*

# POST-SCRIPTUM

No es completamente original este proverbio: en una comedia francesa en un acto, escrita, no para el teatro, sino para representarse en una temporada de campo, hay una escena parecida á la culminante de este proverbio mío, pero no he debido llamarle arreglo, porque creo haber agrandado aquella idea y dádole una forma cómica é incidentes nuevos, y en versos castellanos que al autor francés no se le ocurrieron en su ligerísimo trabajo.

# ACTO UNICO

Una sala baja en una casa de campo

## ESCENA PRIMERA

EMILIO; luego el CRIADO

EMILIO Dicen que el campo convida
á gozar de la mañana,
mas yo no he sentido gana
de madrugar en mi vida.
Y en tanto los ruiseñores
cantan con trino infinito,
yo duermo como un bendito
soñando tiempos mejores.
¡Sebastián!

SEB. ¿Llamaba usted?

EMILIO ¿Se ha levantado mi tía?

SEB. Cuando despuntaba el día
se marchó con don José.

EMILIO ¿Y adónde?

SEB. A una posesión
á media legua de aquí.

EMILIO ¿Me han dejado solo?

SEB. Sí.

EMILIO ¡Qué desconsideración!

SEB. Como usté estaba dormido
no han querido despertarle.
Su tía dijo: ¡dejarle
que pase el día aburrido!

EMILIO ¿Luego no piensan volver
en todo el día?
SEB. Tal creo.
Como es muy largo el paseo,
vendrán al anochecer.
EMILIO Bueno; dame de almorzar.
¡Un día entero sin gente!
Si no fuera improcedente...
me volvería á acostar.
Trae la escopeta: mi vicio
es cazar, me iré muy lejos
á perseguir los conejos,
y al menos haré ejercicio.
¡El campo! ¡Qué gran recurso!
ver los árboles frondosos;
los arroyos cadenciosos
en manso y tranquilo curso;
la huerta y sus mil labores,
y el corral, y las gallinas,
y las verdes clavellinas,
y los pájaros cantores,
y andar de aquí para allí
del prado al bosque frondoso...
esto será muy hermoso,
¡pero esto no es para mí!
Mi tía es una señora
de apacible condición,
que se acuesta á la oración
y despierta con la aurora.
Harta del mundo en la edad
en que á nada ya se aspira,
aquí dichosa respira
en campestre soledad.
«Vente aquí, me escribe, ven,
que el campo es la paz del alma,
y aquí en deleitosa calma
lo vas á pasar muy bien.
¡Ven; Madrid te ha de cansar,
que es perjudicial y caro!»
Y yo cedo y vengo: ¡es claro!
¿cómo me voy á negar?
Pero á los cuatro ó seis días
que por el campo discurro,
me harto, me rindo, me aburro,

y en sordas melancolías
reniego de estos placeres
pensando en las emociones
de la corte, en sus salones
y en sus hermosas mujeres,
y mi libertad inmolo
por complacer á la tía:
¡figúrese usted qué día
voy á pasar aquí solo!
(Sebastián entra con el servicio de mesa y lo va poniendo.)

SEB. El almuerzo.
EMILIO (Paseando.) Ponlo ahí.
SEB. Tortilla.
EMILIO Bien.
SEB. Y jamón.
EMILIO Bueno.
SEB. Perdiz.
EMILIO Bien.
SEB. Melón.
Y queso y vino.
EMILIO ¡Ay de mí!
Comeré hasta reventar
y beberé hasta caer;
porque el rascar y el comer
dicen que quiere empezar.
(Se sienta á almorzar.)
¡El campo! ¿A quién no subyuga
su encantador atractivo?
Voy á inventar un motivo
cualquiera para una fuga.
¡Ay, Sebastián!
SEB. ¡La perdiz!
EMILIO Rendiré al campo el tributo...
Sebastián, tú eres muy bruto,
por eso eres tan feliz.
SEB. ¡Señor! (Riendo estúpidamente.)
EMILIO ¿Cuánto hace que estás
viviendo entre tus rebaños?
SEB. Pues hará veintidós años,
poco menos, poco más.
EMILIO ¿Y á gusto?
SEB. ¡Si usté supiera
la ley que tengo á esto!

EMILIO ¿Sí?
SEB. ¡Si me sacaran de aquí
puede ser que me muriera!
Me complace, lo confieso,
estar solo.
EMILIO ¿Solo?
SEB. ¡Claro!
EMILIO Eres un animal raro.
¿No te aburres?
SEB. ¿Y qué es eso?
EMILIO Si te cansas, si el destierro
del mundo te aflige, ¡bolo!
SEB. ¡Ah, no! y luego no estoy solo.
EMILIO ¿Con quien vives?
SEB. Con el perro.
EMILIO ¡Hombre! No has sido capaz
de casarte para ver...
SEB. ¡Pues si tuviera mujer
sí que no tendría paz!
EMILIO ¿Crees tú?...
SEB. Dan muy mal pago
y muchas sofocaciones,
y son como los gorriones,
donde entran hacen estrago.
Con pan blanco y vino tinto
soy yo más feliz que el rey.
EMILIO Sebastián, eres un buey,
pero tienes buen instinto.
(Suena un coche.)
¿Qué suena?
(Sebastián se acerca á la ventana.)
SEB. ¿Quién puede ahora?...
(En la ventana.)
¡Es un coche! Y va á parar...
EMILIO ¿Quién nos vendrá á visitar?
SEB. Se ha bajado una señora.
EMILIO ¿Una mujer? Quita, quita.
(Va á asomarse.)
¡Es mi prima!
SEB. ¿Qué le ha dado?
EMILIO ¡Oh placer inesperado!
¡Oh inesperada visita!
Baja y procura ocultar
que se ha marchado la tía,

por si esta parienta mía
tiene reparo en entrar;
porque si sabe que estoy
solo aquí, tal vez no quiera ..

SEB. Bien. (Se va.)

EMILIO ¡Dolores! ¡La hechicera
Dolores! ¡Qué feliz soy!
Una mujer linda, amable,
discreta, joven, sensible;
un piececito invisible
y un talle tan *apretable*,
y unas manos tentadoras,
y un encantador palmito,
¡y estar con ella solito
lo menos cuatro ó seis horas!
Ya mi inextinguible fiebre
de amor tendrá recompensa:
pues donde menos se piensa
dicen que salta la liebre:
¡corazón, prueba tu fibra
y hártate al fin de emociones,
porque de estas ocasiones
entran muy pocas en libra!

## ESCENA II

EMILIO, DOLORES y SEBASTIÁN

EMILIO ¡Dolores!

DOL. ¡Emilio mío!

EMILIO (¡Emilio mío! ¿Qué escucho?)

DOL. ¡Estás más gordo!

EMILIO ¿Sí?

DOL. Mucho.

EMILIO ¡El campo!

DOL. ¿Cómo está el tío?
Sé que él y tía y Muñoz
salieron...

EMILIO No tardarán.

DOL. Me lo ha dicho Sebastián.

EMILIO ¡Sebastián, eres atroz!

DOL. Y aunque es una inconveniencia
pasar aquí un día entero

con un muchacho soltero,
me fío de tu prudencia.
Pues supongo que este ambiente
y esta existencia... rural
te habrán hecho más formal
y menos inconveniente.

EMILIO ¡Gracias!

DOL. No es por adularte.

EMILIO Ya veo. (Si empieza así...)
(A Sebastián, que estará mirándoles fijamente.)
Pero, hombre, ¿qué haces aquí?
¡hazme el favor de marcharte!

## ESCENA III

DOLORES y EMILIO

DOL. Pues señor, como la tía
siempre me está convidando
y yo siempre estoy pensando
en hacerle compañía,
y en hora y media cabal
se pasa en camino llano
desde el ruido cortesano
á este oasis ideal,
buscando á mi *spleen* olvido
dije, pues no pasa de hoy,
cojo mi coche y me voy:
y aquí estoy... porque he venido.

EMILIO Pues yo, lo juro, soñé
toda la noche pasada
tu visita inesperada
y al alba me desperté.
Y al oir el grato son
de las ruedas de tu coche,
dije yo: ¡el sueño de anoche:
alégrate, corazón!
Ya no puedes tener dudas,
esa es la que amante sueñas,
perla de las madrileñas
y nata y flor de las viudas,
la del cutis como el ampo
de la nieve y talle esbelto...

DOL. ¡Chico, qué cursi te has vuelto
desde que estás en el campo!
EMILIO Haces, hermosa Dolores,
á mis flores poco honor.
DOL. Oye, primo, hàzme el favor
de no prodigar tus flores.
Yo vengo aquí á descansar
de amores y galanteos;
sólo traigo dos deseos,
¡reponerme y olvidar!
El campo me brinda calma
después de todo un invierno
de insulso floreo eterno:
¡ay, amigo de mi alma!
harta estoy de adulaciones,
suspiros, cartas amantes
y caballeros galantes
y camelias y bombones.
¡No puedo más! Me es ya odiosa
toda amante insinuación
y toda declaración
y toda frase amorosa.
Después de una temporada
madrileña de un semestre,
quiero hacer vida campestre,
ni envidiosa ni envidiada.
No quiero oir ni una frase
que anuncie amante dolor,
ni más suspiros de amor
que el del viento cuando pase.
Ni más regalo al oído
que escuchar del día al fin
las flores en el jardín,
los pájaros en el nido.
Descansar de la agitada
y alegre existencia mía,
dormirme al morir el día,
levantarme á la alborada.
Olvidar la farsa odiosa
del mundo y de su interés,
ver el campo tal cual es
en dulce calma dichosa,
y en soledad descansar
en estos sitios agrestes:

conque así, no te molestes,
porque no te he de escuchar.

EMILIO (Con vehemencia.)
Tú eres la que yo soñaba
en el bullicio del mundo,
cuando con llanto infecundo
triste en soledad lloraba.
Te ví entre la confusión
de la vida madrileña
joven, amante, risueña,
de sensible corazón.
De mil hombres pretendida,
de mil esclavos tirana,
en mil fiestas soberana,
por mil amantes seguida,
de mil mujeres hermosas
reina, á quien fuí tributario...

DOL. ¿Chico, eso es un inventario?
¡Me has dicho cinco mil cosas!
¡Já! ¡já!

EMILIO ¡Te burlas!

DOL. Repito...

EMILIO ¿Qué?

DOL. Que no hay quien te soporte,
y que me vuelvo á la corte
si continúas, primito.

EMILIO Pero ¿de qué hemos de hablar
cuando yo de amor me abraso?

DOL. ¡Ah! ¿sí? Pues en ese caso
dí que vuelvan á enganchar.

EMILIO Pero prima...

DOL. ¡Nada, nada!

EMILIO Pero Dolores...

DOL. ¡Me voy!

EMILIO Pero...

DOL. ¡No sabes quién soy!

EMILIO Pero...

DOL. Tu empeño me enfada.
Del amor el dulce influjo
años há que no he sentido,
y es porque lo he suprimido
por artículo de lujo.
Tengo á más otra razón:
mi luto está muy reciente,

y yo le debo á la gente
mucha consideración.
Un corazón sin segundo
tenía, mas lo perdí,
como á mi esposo lo dí,
se lo llevó al otro mundo.
Y es claro, como con él
le tenía que llorar,
me tuve que consolar
en fuerza de serle fiel.
No busques en mí pasiones
de que no te he de surtir,
y sólo me harán reir
tus galantes expansiones.
Yo no quiero amar, no sé,
no respondo al sentimiento,
y, en fin, sábelo, ¡no siento...
porque no tengo con qué!

EMILIO ¿Vivir tú sin corazón?
DOL. (A ver si así desespera.)
EMILIO Lo siento, porque quisiera...
DOL. No me digas la razón.
EMILIO Lo siento, porque...
DOL. ¡Qué empeño!
EMILIO Pero es que...
DOL. ¡Ay Dios, qué pesado
EMILIO Bueno, si te has enojado...
me retiro... (Incomodado.)
DOL. Eres muy dueño.
EMILIO Te dejo sola.
DOL. ¡Los dos
no nos hemos de entender!...
EMILIO ¡Pues adiós!
DOL. Hasta más ver.
EMILIO ¡Ahí te quedas!
DOL. ¡Bueno! ¡Adiós!

## ESCENA IV

DOLORES

¡Mire usted que es fuerte empeño,
mire usted que es mucha cruz
que no la dejen á una

vivir en paz! ¡Ay, Jesús,
harta estoy de galanteos
y de que me hagan el bú!
La verdad es que mi primo
no pinta mal su inquietud,
y aunque castellano viejo,
tiene mucho de andaluz,
y ya que en Madrid no abunde
mucho el sentido común,
este chico es presentable,
y heredó rentas de su
tío el marqués, unas casas
en la calle de la Cruz,
y en Aragón unas fincas
y olivares en Gallur...
Ya en el verano pasado
me dijo en San Juan de Luz:
«Mi porvenir, prima mía,
puedes resolverlo tú.»
Pero yo estoy ya tan harta
de estos niños, que no hay mus.
¡Hay cada sietemesino!
¡Señores, qué juventud!

## ESCENA V

DOLORES y EMILIO

EMILIO (Vamos á ver.)
DOL. Ahí está.
EMILIO No extrañes que vuelva á hablarte.
DOL. ¡Ah!...
EMILIO Necesito contarte
una cosa.
DOL. ¿Qué será?
EMILIO ¡Una impresión de amargura!
Sentado estaba en un poyo
á la orilla del arroyo
que tiernamente murmura...
DOL. ¿Vuelves otra vez galante?
EMILIO Es una lección prudente;
¡déjame que te la cuente,
porque es muy interesante!

Fuíme á llorar tu desvío
bajo la sombra de un chopo,
cuando reparé en un topo
que se salía del río.
Observé que me miró,
y con topesca ironía
parece que me decía:
¡Más topo eres tú que yo!
¿Tú no ves, querido amigo,
que yo, aunque topo vulgar,
me he salido aquí á buscar
hembra que tope conmigo?
¿Quién ha visto, por mi nombre,
desistir al que pretende?
En un topo se comprende,
¡pero Señor, en un hombre!...
Vuelve á tus quejas amantes.
Y mirándome al soslayo
me dijo:—¡A casa, tocayo,
que aquí ya somos bastantes!

DOL. Si piensas con tu importuna
charla vencerme, lo siento
de veras, porque tu cuento
no me ha hecho gracia ninguna.

EMILIO ¿No? Pues oye otra importante
revelación; esta ha sido...

DOL. ¡Pero, primo, si te has ido
de mi lado hace un instante!

EMILIO En la alta copa redonda
de ancho pino corpulento
cantaba con triste acento
un mirlo en queja muy honda.
Su canto de amor oí;
mas él, en cuanto me vió,
quiso volar y voló;
pero yo, que le seguí,
aprovechando un descuido
del pájaro enamorado,
¡zás! lo cogí de un puñado
y le pregunté afligido:
¿Qué penas pueden turbar
tus dulces horas serenas?
Cuéntame ¡oh, mirlo! tus penas
si es que se pueden contar.

Y él, cantando su temor
con gorjeos de placer
que sólo puede entender
el que padece de amor,
dijo: «Es que mi alma espera,
cuando llegue la alborada,
la visita acostumbrada
de mi dulce compañera.
Ella es luz de mi camino,
mi vida, mi amor, mi encanto;
cuando ella trina, yo canto:
cuando ella canta, yo trino.
Déjame ya ir á su lado.»
Y yo le dije envidioso:
¿por qué has de ser tú dichoso
mientras yo soy desgraciado?
¡Cuando ella mi amor escuche
te soltaré! Y él trinaba,
y al escucharme temblaba...
¡y le palpitaba el buche!
Tú que eres tan compasiva,
no le hagas desesperar,
déjale libre volar,
déjale que ame y que viva.
Ten de mi amor compasión
y préstate á redimirlo.
¡Déjame soltar el mirlo,
prima de mi corazón!

DOL. ¡Acabarás por lograr
que me ría!

EMILIO Si me oyeres...

DOL. Pero ni aun riendo esperes
que me someta á escuchar
lo que me cansa y me hastía
y entender no me acomoda.

EMILIO Pero...

DOL. ¡Cómo me incomoda
esta ausencia de la tía!

EMILIO Oye ..

DOL. Yo que aquí el sosiego
busco...

EMILIO ¿Mi amor te molesta?

DOL. Me voy á dormir la siesta.

EMILIO Pero primita...

DOL. ¡Hasta luego!

## ESCENA VI

EMILIO; luego SEBASTIÁN con la escopeta

EMILIO ¿Es decir que no hay manera?
¿quiere decir que no hay modo?
Pues atropello por todo
y suceda lo que quiera.
La he de agobiar; es coqueta,
es fría, es terca, es esquiva;
¿no habrá un arma persuasiva
de tanto amor?
SEB. La escopeta.
EMILIO Dime, Sebastián.
SEB. Señor.
EMILIO Si se empeña una mujer
en que no la han de querer,
¿cómo se la infunde amor?
SEB. ¿Qué?
EMILIO Más claro; ¡en fiera liza
lucho yo con una ingrata,
y con su esquivez me mata!
SEB. ¡Péguele usté una paliza!
EMILIO Hombre, por Dios.
SEB. Si se ofende...
Allá en mi tierra, en el Frasno...
EMILIO Sebastián, eres un asno.
SEB. Bueno, cada uno se entiende.
¡Mi padre era un hombre atroz!
EMILIO Lo creo; saliste al padre.
SEB. ¡Pues sí, señor! Si mi madre
le levantaba la voz...
EMILIO ¡Pero hombre, si aquí no hay tales
voces!
SEB. ¡Ah! ¿No?
EMILIO ¡Majadero!
¡Vaya un sandio consejero
que estoy buscando á mis males!
SEB. Créalo usté, las mujeres
son unos bichos muy malos
y hay que tratarlas... á palos.
EMILIO ¡Sebastián, qué bruto eres!

SEB. ¡Vaya, que usté ha decidido
no dejarme en paz, señor! (Gritando.)
(Dolores asoma por entre las dos hojas de la puerta y dice:)

DOL. ¿Me hacen ustedes favor
de no meter tanto ruido?

EMILIO (¡Bestia!) (Aparte á Sebastián.)

DOL. ¡Qué hospitalidad!
Gritas como un lugareño.
¡Yo tengo derecho al sueño!

EMILIO Perdón.

DOL. ¡Qué barbaridad!
Usted me quiere aburrir...

EMILIO Pero...

DOL. Con esos alardes
de voz.

EMILIO Pero...

DOL. Buenas tardes. (Se oculta.)

EMILIO La voy á escuchar dormir.
(Se sienta junto á la puerta de espaldas á Sebastián.)

## ESCENA VII

EMILIO y SEBASTIAN

SEB. Vaya que..

EMILIO (En voz baja.) ¡Quita de enmedio!

SEB. ¡Bueno!

EMILIO Y habla más bajito.

SEB. Bueno, bueno.
(Se queda en segundo término hacia la ventana.)

EMILIO ¡Necesito
que me quiera, sin remedio!
Cuanto más esquiva está,
más me voy enamorando.
Ahora se estará acostando,
recordándome estará.
Tal vez sueña con mi amor.
¡Oh corazón duro y sordo
y vil!...

SEB. (Reparando en algo que se supone fuera, y en voz bajita, dice:)
¡Aquello es un tordo!

EMILIO ¡Oh causa de mi dolor!
¡Oh mujer inoportuna
que tan sin calma me tienes!
SEB. (Ya cerca de la ventana.)
¡Ah ladronazo! ¿Ya vienes
á comerte la aceituna?
EMILIO Descansa sin recordarme...
SEB. ¡Toma, ladrón! (Apunta y dispara.)
EMILIO (Dando un gran respingo.) ¡Jesucristo!
DOL. ¡Qué es eso!
(Saliendo precipitadamente del cuarto.)
EMILIO (A Sebastián.) Hombre...
DOL. ¿Por lo visto
usted se empeña en echarme?
EMILIO ¡Si no te marchas de aquí! ..
(Cogiendo una silla y amenazando á Sebastián.)
SEB. ¡Abur!
DOL. ¡Estoy divertida!
¡No me ha pasado en mi vida
cosa igual!
EMILIO ¡Triste de mí!
(Pausa breve: Emilio dice con timidez:)
En aquella habitación
tienen que oirse los gritos.
Y luego hay muchos mosquitos...
DOL. ¡Yo sólo he visto un moscón!
EMILIO (Me ha clavado.)
DOL. (Sentándose al velador.) Haré costura.
(Coge la labor.)
EMILIO (¡Si digo que soy un bolo!
¿De qué me sirve estar solo
con tan linda criatura?)
DOL. (Me mira: no se corrige.)
EMILIO (Parece que está contenta.)
DOL. (¿Se irá á marchar? No, se sienta.)
EMILIO ¡Ay, Dolores!
DOL. ¿No lo dije?
(De pronto Emilio se levanta y va precipitadamente á arrodillarse á los pies de su prima, diciendo con tono trágico:)
EMILIO ¡Angel que de mi destino
cambias el rumbo funesto!
DOL. ¡Te maldigo, te detesto,
te aborrezco, te abomino!

EMILIO ¡Dolores!
DOL. ¡Y no hay razón
para acosarme!
EMILIO ¡Alma mía!
DOL. Si no tienes cortesía,
ten al menos compasión.
EMILIO ¿Compasión?
DOL. ¡Si tú supieras
lo que es estar día y noche
escuchando á troche y moche
amor, quieras que no quieras!
¡Si tú supieras la calma
y el juicio que ha menester
en el mundo una mujer
que tiene sensible el alma,
para tener que callar
cuando un amante la hostiga!
EMILIO Es temor lo que te obliga...
DOL. ¡Hombre, ponte en mi lugar!
Yo soy viuda; mi conciencia
me manda ser muy prudente,
y no hay hombre que no intente
friunfar de mi resistencia.
Vengo aquí huyendo al amor,
que si á él cedo me denigro;
y al evitar un peligro,
caigo aquí en otro mayor.
¡Evítame estos berrinches,
cesa en tu amoroso idilio!
EMILIO Mas...
DOL. ¡Tenme lástima, Emilio!
EMILIO Pero...
DOL. ¡Emilio, no me pinches!
Ponte en mi caso.
EMILIO Yo creo
que si en tu caso me viera...
DOL. Rendirte sin luchar fuera
muy poco digno y muy feo.
¿Qué es lo que al mérito dais
hombres que así nos medís?
¿Resistimos? maldecís.
¿Nos rendimos? murmuráis.
¿Cómo debemos de ser?

EMILIO ¿Cómo?
DOL. ¡No hallarás el nombre!
EMILIO ¡Ay, prima, si fueras hombre!
DOL. ¡Ay si tú fueras mujer! (Pausa.)
Vamos á hacer una apuesta.
EMILIO ¿Resistirás como sueles?
DOL. No; troquemos de papeles
y entretengamos la siesta.
Yo haré como que te quiero
cual el que ansioso enamora,
tú vas á ser la señora
y yo seré el caballero.
EMILIO Mas...
DOL. Estas fichas redondas
(Cogiendo de la mesa la bandeja y fichas.)
del tresillo vé guardando,
que ya me las irás dando
según cómo me respondas.
Yo te pondré en mil apuros
y probaré tu esquivez;
cada ficha de estas diez
representan... cinco duros.
Yo te hablaré al corazón
con los extremos más grandes,
y cada vez que te ablandes
de mi amorosa pasión,
en castigo á tu inocencia
y á tus instintos malditos,
me darás cinco duritos
para la Beneficencia.
EMILIO Recursos tengo seguros.
Y haré...
DOL. Harás lo que pudieres,
y si es cierto que me quieres...
EMILIO ¡Con el alma!
DOL. (Teniendo la bandeja) ¡Cinco duros!
EMILIO ¡No habíamos empezado;
no vale!
DOL. Así aprenderás.
EMILIO Oye, ¿y tú qué me darás
si no te doy resultado?
DOL. ¿Yo?...
EMILIO ¿Qué voy ganando aquí?
DOL. Tú...

EMILIO Por cada decepción
me darás...
DOL. Un apretón
de manos...
EMILIO O cosa así.
DOL. ¿O cosa así? Eso es muy lato.
EMILIO Un abrazo.
DOL. Ya veremos.
EMILIO ¿Empezamos?
DOL. Empecemos.
(Al menos pasaré el rato.)
EMILIO Para impregnarme mejor
de mi femenil tarea,
me parece buena idea...
DOL. ¿Qué?
EMILIO Ponerme á hacer labor.
(Coge el bastidor. Dolores se va á la puerta del foro y hace que entra de visita.)
DOL. ¡Buenos días!
EMILIO (Acento femenino.) Hola, primo.
DOL. ¡Tú siempre tan laboriosa!
EMILIO La costumbre.
DOL. ¡Y tan hermosa!
EMILIO Gracias.
DOL. Ahora yo me arrimo...
EMILIO Arrímate; eso me agrada.
No me pise usted la cola.
DOL. ¡Siempre sola!
EMILIO Siempre sola.
DOL. ¡Qué mujer tan retirada!
¡Usted que con su hermosura
pudiera en horas dichosas
reina ser de las hermosas
hacer vida tal y oscura!
Usted que tantos amores
inspira con su candor...
EMILIO Oye, primo, haz el favor
de no decirme más flores.
Vengo al campo á prescindir
de piropos y floreos,
sólo tengo tres deseos,
comer, beber y dormir.
Estoy harta de canciones,
declaraciones amantes,

suspiros, frases galantes
y camelias y bombones,
y la paz vengo á buscar
en estos sitios agrestes,
conque así no te molestes
y déjame trabajar.

DOL. Chico, esa voz es fatal,
y esas extrañas maneras...

EMILIO (Se picó.)

DOL. Las exageras...

EMILIO ¡Oiga!

DOL. Y te sienta muy mal.
Y para hacerte el amor
no es preciso que troquemos
de sexo.

EMILIO Pues empecemos
de nuevo.

DOL. Será mejor.
Yo tu prima y tú mí primo;
te haré el amor...

EMILIO Bien está.

DOL. Y tu defensa será
más difícil.

EMILIO Tal lo estimo.

DOL. Porque resistir las tretas
de una mujer aquí sola
contigo...

EMILIO ¡Ay, querida Lola,
no!...

DOL. Veinticinco pesetas.

EMILIO Pero...

DOL. ¡Nada!

EMILIO (Dándole una ficha.) Toma.

DOL. Así,
te lo aseguro, amiguito,
los pobres de mi distrito
van á enriquecer por tí.
Ya verás tú cuánto cuesta
reprimir al corazón
cuando una amante pasión
se escucha y no se contesta.
¡Ya verás cuán meritorio
es en la mujer oir
lisonjas y resistir

á vuestro asedio amatorio!
¡Verás cuán rara es la esquiva
apariencia que en mí ves,
y cuán admirable es
la resistencia pasiva!
¡Verás como las mujeres
son de la moral sostén,
con su plausible desdén
de tentadores placeres!
¡Verás de sus detractores
la torpe injusta malicia...
y les harás más justicia
cuando te nieguen favores!
¡Ah! los hombres no comprenden
las luchas que sostenemos,
y al ver que nos defendemos,
en vez de admirar, se ofenden.
Y no lo digo por tí,
que estás muy bien educado,
y justa fama has logrado
de galante por ahí,
y tienes talento, y vales,
y por eso te se estima...

EMILIO ¡Ay, encantadora prima,
tú me comprendes!

DOL. (Tendiendo la bandeja.) Cien reales.

EMILIO (Me ha cogido.)

DOL. ¡Ah, caballero!
págame el ser presumido;
en cuanto te dije *envido*
ya ibas á decirme *quiero*.

EMILIO (¡Quince duros! Francamente,
no me va á salir la cuenta.)

DOL. ¡Que mal ocultarse intenta
la vanidad imprudente!
Yo, Emilio, no soy coqueta;
la corte es muy tentadora,
y antes que ser pecadora
quiero ser anacoreta.
Sea el campo mi remedio;
ya ves tú si esto es bien triste;
pero ¿qué mujer resiste
á vuestro incesante asedio?
¡Los hombres! Yo sé que son

sus palabras engañosas;
¡pero si dicen las cosas
con tan amante atracción!...
Una es joven, es mujer,
es delicada, es sensible,
la asedian... ¿cómo es posible
ver el agua y no beber?
Figúrate que tú fueras
frío, rígido, severo,
y yo en lenguaje sincero,
con frases muy lisonjeras...
en el silencio profundo
de esta soledad callada,
y echándote una mirada...
de carnero moribundo,
te cogiera de la mano,
y con amante pasión,
(Cogiéndole de la mano.)
y abriendo mi corazón
por impulso sobrehumano,
te dijera que si enojos
me pueden dar tus desdenes,
tú mismo el remedio tienes
de mi pesar en tus ojos.
Que en ellos van á buscar
su fin los pesares míos,
como le buscan los ríos
en la inmensidad del mar.
Surja ya franco tu amor
y hable sin reserva el alma,
y aquí, en soledad y en calma,
libre de amante rubor,
tu alma enamorada irradie
su luz y sea tu acento
leve, para que ni el viento
pueda contárselo á nadie.
Que de celos se traspasa
mi pecho y me apesadumbra
la luz del sol que te alumbra
y la ráfaga que pasa.
Dime que á mis ansias locas
dulce galardón ofreces,
que, aunque lo digas mil veces,
han de parecerme pocas.

Dime que ya tu desvío
desparece, y al dolerte...

EMILIO ¡Pues cómo no he de quererte!...

DOL. ¡Cinco duros, hijo mío!

EMILIO ¡Esto es atroz! No te asombres
si cedo á tus engañosas
frases.

DOL. Yo pinto estas cosas
como las pintan los hombres.

EMILIO Fuerza es que alguien te enseñase
estos secretos encantos...

DOL. ¡Ay, hijo! ¡Me he visto en tantos
compromisos de esta clase!

EMILIO ¿Y siempre te has defendido?

DOL. Por algo se me respeta.

EMILIO ¡Pues te suponen coqueta!

DOL. Desdeñados habrán sido.

EMILIO ¡Ya!

DOL. ¿Y el tener que escuchar
al que hace amoroso acopio
de insultos, y al amor propio
piensa herir para lograr?

EMILIO ¿Cómo?

DOL. Por ejemplo.

EMILIO ¿A ver?

DOL. ¡Cuidado con ablandarse!
(Vuelve á empezar como antes.)
«¡Qué tontería es prendarse
de quien no sabe querer!»

EMILIO ¿Cómo?

DOL. ¡Calla! ¡Qué pasión!
(Con dramática ironía.)
¡Está más mal empleada!
¡Cómo puede sentir nada
quien no tiene corazón!
Usté es invencible... ¡oh, sí!
y en serlo no se molesta;
¡qué poco trabajo cuesta
vencer cuando no hay de aquí!
(Señalando al corazón.)
¿Qué peligro puede haber
en las luchas amorosas,
cuando se oyen ciertas cosas..
como quien oye llover?

No hay medicina mejor
del amor que hacerse el sueco:
quien tiene el corazón seco,
¿cómo ha de sentir amor?
No tendrá ningún desliz
quien tan poca vida gasta.
¡Ay, hijo, con esa pasta
debe usté ser muy feliz!
¡Su primo de usté, el que en Francia
me quiso, sí que es fogoso!
¡Pero usted! ¡Si usté es muy soso!...
¡Si no tiene usté sustancia!

EMILIO ¡Oye!

DOL. Vacilar, sentir,
luchar, temer, desear,
creer, entregarse, amar
sin reserva, ¡eso es vivir!
¡Rendir culto á la inconsciente,
rauda pasión, honda, intensa,
sin pensar nada! ¡Quien piensa
lo que ha de sentir no siente!
Si en mezquina reflexión
al corazón contenemos,
entonces, ¿por qué tenemos
nervios, sangre y corazón?
Si así á la pasión engañas,
corazón frío, infecundo,
¿qué vas á hacer en el mundo
mirando á las musarañas?
¡Rompe tu cárcel por ver
si el aire sabes hendir,
que si no sabes vivir
más te valió no nacer!
¡Rompe los estrechos muros
que se te vienen encima!

EMILIO ¡Oh, sí, yo quiero amar, prima!
¡Viva el amor!

DOL. ¡Cinco duros!

EMILIO ¡Tómalos, pero mi ahinco
no calmo!

DOL. ¡Otros cinco!

EMILIO ¡Van! (Dándoselos.)
¡Yo siento invencible afán
de idolatrarte!

DOL. ¡Otros cinco!
EMILIO ¡Bueno! Tú le anuncias dichas
inmensas á un alma ardiente.
DOL. Diez pesos.
EMILIO ¡No, toma veinte!
¡Te amo!... ¡y no tengo más fichas!
DOL. ¡Venga moneda, insensato!
EMILIO ¡Toma! Tu amor me promete...
DOL. ¿Callarás?
EMILIO ¡Toma un billete...
y déjame hablar un rato!
¡Ah! ¡tu lenguaje me anuncia
un alma tan bien templada,
que no me detiene nada:
mi corazón se pronuncia!
DOL. Por los pobres te prometo
derrochar tu sentimiento.
EMILIO Tú tienes mucho talento.
DOL. Y tú estás loco, primito.
EMILIO Estoy loco; obres cual obres,
yo quiero ser muy explícito.
Cuanto tengo...
DOL. (¡Todo es lícito
por ayudar á los pobres!)
EMILIO Mi corazón... cinco pesos... (Dándoselos.)
sufre hace tiempo, Dolores,
misteriosos sinsabores,
hijos de antiguos excesos.
Igual al tuyo, refleja
del mundo el fatal hastío,
que tu corazón y el mío
no han hallado su pareja.
Fuerza es que tu pecho me abras.
¡Madrid, allí se respira!
¡Mentira eterna, mentira!
¡Palabras todo, palabras!
Pues yo soy rico y tú hermosa...
(Viendo que Dolores le pide.)
Ya voy. Pues nos conocemos,
quédate aquí; viviremos
una existencia dichosa.
Porque yo... diez duros más... (Dándoselos.)
seré bueno: tú eres buena...
¡no hay más; toma la cadena...

y tú al cabo me querrás;
yo te sabré comprender;
tú no querrás que me aflija...
Y tú... toma la sortija...
y yo... toma el alfiler...
hemos de ser algún día...

DOL. ¡No te han de valer tus tretas!
(Haciendo intención de marcharse.)

EMILIO ¡¡¡Oyeme: un par de pesetas
que me quedan todavía!!!

DOL. ¡Já, já, já!

EMILIO ¿En estrecho lazo
viviremos?

DOL. ¡Ya no insisto
en negar!

EMILIO ¿No?

DOL. ¡No resisto!

EMILIO ¿No resistes? ¡Un abrazo!

DOL. ¡Chico!

EMILIO ¡Aquí cada uno cobra
como puede!

DOL. Es que me asustas.

EMILIO ¿Pero te gusto?

DOL. Me gustas.

EMILIO ¿Te gusto? ¡Vaya otro!

DOL. ¡Y sobra!
Veo en tí...

EMILIO Mucha afición
á tí y pasión furibunda.

DOL. Veo en tí lo que no abunda.

EMILIO ¿Y qué es, en fin?

DOL. Corazón.

EMILIO Y yo en tí lo que al infierno
no llega, y yo lo he sabido.
Oye un raro sucedido
que he presenciado este invierno.
Puso el diablo un gran bazar
de mujeres condenadas,
y al oirlas pregonadas
todo el mundo fué á comprar.
Yo también fuí; ¿quién no acude
adonde hay tal mercancía?
pero tanta gente había
que adentro llegar no pude.

Los hombres, con malos modos,
querían por fúerza entrar
y gritaban: ¡no empujar,
que hay mujeres para todos!
¡Quién las quiere! pregonaba
el diablo que las vendía,
y cada cual le pedía
la que más necesitaba.
Uno rubia, otro morena;
éste flaca, el otro gorda;
aquél muda, estotro sorda;
éste propia, aquél ajena.
Quién la desea muy chica,
quién alta, esbelta y graciosa;
los unos ¡que sea hermosa!
los otros ¡que sea rica!
Uno muy corta en dispendios,
éste la que más le cuide...
y hasta hay hombre que la pide
asegurada de incendios.
Ya que de elegir se trata,
digo yo, vamos á ver,
déme usted una mujer
buena, bonita y barata.
Y dijo el diablo cumplido,
¿lindas, buenas y no caras?
esas por aquí son raras,
y aún no las he recibido.
Sonriendo me salí
y al mundo alegre torné,
que aquel día averigüé
lo que hoy he hallado en tí.
Señoras, con todas hablo,
bonitas, buenas, modestas. .
¡estas son mujeres, éstas...
que no se las lleve el diablo!

DOL. A la tía le diremos...

EMILIO ¡Ay, prenda adorada mía!

## ESCENA ULTIMA

DOLORES, EMILIO y SEBASTIÁN

SEB. ¡Ahí tiene usté ya á su tía!
(Viéndolos abrazados.)
¡Paice que nos entendemos!
EMILIO Me caso.
SEB. ¿Qué?
EMILIO Justo.
SEB. ¿Usté?
¡Me voy á poner de luto!
EMILIO ¡Sebastián, eres muy bruto!
SEB. Gracias, señor.
EMILIO No hay de qué.
DOL. Mis pobres tendrán por tí
limosnas y pan y abrigo.
EMILIO La dulce ocasión bendigo
en que su recurso fuí.
DOL. Y si el casado á conciencia
le llama cruz á su estado,
nosotros la hemos tornado
en cruz ..
EMILIO ¡De beneficencia!

FIN DEL PROVERBIO

3 0112 117463247

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: UNA peseta